

ALGUNAS NOTAS

La participación política de las mujeres en América Latina no es un hecho nuevo. Desde los tiempos, ahora lejanos, de la conquista y la Colonia ellas han jugado un papel central, pero ignorado por los que escriben la historia. Aún hoy, cuando el feminismo de la región ha desbordado las fronteras nacionales, y se ha expresado en múltiples movimientos con demandas específicas y novedosas, persiste en algunos círculos la creencia de su carácter "derivativo," de movimientos feministas de países industrializados.¹

SOBRE EL FEMINISMO

GUIOMAR DUEÑAS

Historiadora Ph.D de la Universidad de Texas. Profesora Asociada del Departamento de Historia, Universidad Nacional de Colombia. Miembro del Grupo Mujer y Sociedad.

El propósito de este ensayo es abordar las manifestaciones del nuevo feminismo en algunos países del continente a través del análisis de los trabajos de conocidas feministas. Se busca por un lado, identificar los escenarios políticos, que orientarán la actividad de los movimientos feministas; por otro lado, se exploran las variadas facetas de las demandas de las mujeres de la región en el lapso de los últimos veinticinco años.

Y LA VIDA POLITICA

LA DÉCADA DE LOS AÑOS SETENTA

La disposición política del temprano feminismo latinoamericano estaba ligado a la efervescencia de los movimientos de izquierda, cuyo discurso se centraba en la opresión de clase y en la vía revolucionaria para salir del subdesarrollo. El maridaje entre marxismo

EN AMERICA LATINA

y feminismo probó ser frustrante para el movimiento de mujeres en varios sentidos. En primer lugar, la opresión de las mujeres era interpretada exclusivamente en términos de clase, diluyéndose o negándose la especificidad de los intereses propios del género femenino. En segundo lugar, el izquierdismo más radical era francamente hostil a las ideas feministas a las que consideraba

como expresiones propias de una burguesía decadente, y perjudiciales para la formación de las mujeres de la clase obrera.² Se aducía que el feminismo era el producto de las contradicciones que existían en los países altamente industrializados y que por lo tanto resultaba irrelevante para los países del Tercer Mundo. Finalmente, los discursos sobre la lucha de clases se trasladaron a la práctica cotidiana de las mujeres, gestándose un peligroso antagonismo entre las militantes que asumían la vocería de las mujeres de base (supuestamente las verdaderas oprimidas) y las feministas profesionales de clase media, de las que se decía que estaban imbuídas de ideas extranjerizantes y poco relevantes para la realidad latinoamericana.

Pese a estos constreñimientos ideológicos, en la década de los setenta los movimientos de mujeres y el feminismo adquirieron dimensiones nuevas. Múltiples tensiones generaron cambios en el feminismo con respecto a la sociedad civil y al estado. El panorama político de la región era candente y diverso: En los países del Cono Sur, Brasil, Argentina, Chile y Uruguay, se habían consolidado regímenes militares autoritarios marcadamente represivos; en países como Colombia y México continuaba la democracia formal, menos opresiva pero limitante para la participación política de los sectores populares. En el campo económico el fracaso del malconcebido desarrollismo económico estaba dando señales de estancamiento hacia mediados de los setenta. En este agitado panorama las mujeres encontraron los motivos y las oportunidades para convertirse en actores políticos legítimos.

La movilización de las mujeres tomó diferentes caminos de acuerdo con el clima

político de cada nación. En los países con dictadura militar, buena parte de las luchas se centraban en la defensa de los derechos humanos. Se respondía al militarismo de estado denunciando su autoritarismo como la forma más refinada de opresión patriarcal.³ En Argentina, el movimiento de Las Madres de la Plaza de Mayo reclamando a los hijos desaparecidos por el régimen militar. En Chile, abriendo los hogares para proteger a los perseguidos políticos. En Brasil, creando los clubes de madres y de mujeres. La acción de estas mujeres se salía del cauce tradicional de la política masculina. Era una propuesta moral en defensa de la vida, y del reconocimiento de la legitimidad del rol materno, aunque todavía dentro de los principios del patriarcalismo.⁴

En el Perú, el colapso económico y la crisis social producidas por las medidas de austeridad impuestas por Velasco Alvarado, canalizaron la movilización de las mujeres hacia el logro de condiciones mínimas de sobrevivencia. Allí como lo señala Maruja Barrig, la demanda no era por recobrar los derechos democráticos de épocas anteriores poco entendidos y poco ventajosos para los sectores populares sino por salarios y mejoramiento en las condiciones de vida de los sectores menos favorecidos.⁵

En los países con democracia limitada como México y Colombia en donde los canales de comunicación entre el régimen político y la sociedad civil no se cierran, no hay una ruptura abrupta de la participación ciudadana, y por lo tanto las banderas feministas no se alinderan nitidamente al lado de los derechos ciudadanos o de los movimientos masivos de mujeres populares. La participación política de las mujeres es por lo tanto débil en esta época. El curso del movimiento no se altera de

² Norma Stoltz Chinchilla, «Marxism, Feminism and the Struggle for Democracy in Latin America,» en Arturo Escobar y Sonia E. Alvarez, (eds.) *The Making of Social Movements in Latin America. Identity, Strategy, and Democracy.* (Boulder, San Francisco, Oxford: Westview Press, 1992), p. 40.

³ Nancy S. Stembach, Marysa Navarro-Aranguren, Patricia Chuchryk y Sonia E. Alvarez, «Feminism in Latin America: From Bogotá to San Bernardo,» en Arturo Escobar y Sonia E. Alvarez (eds.), *The Making of Social Movements...* p. 210.

⁴ María del Carmen Feijóo con Marcela María Alejandra Nari, «Women and Democracy in Argentina,» en Jane S. Jaquette (ed.), *The Women's Movement in Latin America.* (Boulder, San Francisco y Oxford: Westview Press, 1994) p. 113.

⁵ Maruja Barrig, «The Difficult Equilibrium Between Bread and Roses: Women's Organization and Democracy in Peru,» en Jane S. Jaquette (ed.) *The Women's Movement...* pp. 151-177.

manera notable, salvo en su aumento numérico. El feminismo de tradición de clase media, de mujeres profesionales y estudiantes continúa abriéndose camino. En Colombia, algunas mujeres militantes se retiran de sus partidos en búsqueda de autonomía. Pero el signo será el de la confrontación entre el feminismo autónomo y las mujeres militantes.⁶

Resumiendo, la década de los setenta es propicia para la movilización de las mujeres. El caldeado ambiente político estimula su acercamiento al terreno de lo público, a través de las exigencias al estado de responder por hijos y parientes desaparecidos, y de la expansión de los movimientos de base cuyas demandas se refieren al reclamo de condiciones mínimas para la supervivencia. Los logros obtenidos deben analizarse a la luz de las particulares circunstancias de la época. La oposición de las mujeres a los regímenes militares se hizo desde los movimientos y partidos de izquierda desde donde se obstaculizaba la visualización de las estragias propiamente feministas dentro de los movimientos de resistencia. Como acertadamente los señala Sonia Alvarez para el caso del Brasil, "La paridad de los géneros en la teoría revolucionaria llevaba a los revolucionarios a ignorar o negar las verdaderas diferencias entre hombres y mujeres con profundas implicaciones para las mujeres en los movimientos de resistencia."⁷ La ortodoxia revolucionaria hacia difícil cuestionar las relaciones de poder e impedía a las mujeres exponer sus criterios sobre la teoría y la práctica revolucionaria.

Dentro del movimiento feminista era palpable la contradicción entre aquellas que consideraban la lucha de clases como anterior a cualquier otro interés político, y aquellas que tenían intereses específicos de género, que

entonces constituían una minoría. Las circunstancias de la década llevaron a robustecer los movimientos de mujeres que consideraban la lucha contra las oligarquías pro-imperialistas como el objetivo prioritario, y que tachaban los discursos feministas sobre la opresión de las mujeres por los hombres, como irrelevantes para la lucha de las mujeres populares.

El feminismo con intereses estratégicos de género no estaría en la agenda de los grupos de mujeres de la década; primaban entonces los intereses prácticos y se promovía la movilización de las mujeres para las demandas por los derechos humanos y el logro de mínimas condiciones de vida de las mujeres de los sectores populares sin pretender cuestionar la legitimidad de la sociedad patriarcal.

LA DÉCADA DE LOS AÑOS OCHENTA

El feminismo de los años ochenta evolucionó hacia formas nuevas debido a la emergencia de la crisis económica que azotó en forma general a los países de la región, a la transición hacia la democracia que experimentaron los países con regímenes autoritarios y a la internacionalización de las demandas feministas que encontraron un campo abonado en la América Latina.

Es importante anotar que la marcha del feminismo en el continente tiende a una mayor diferenciación en este período, debido a los procesos políticos diversos que se vivieron y que afectaron de manera distinta a las mujeres. El paso hacia la instauración de gobiernos democráticos en países como Brasil, Argentina y Chile, dan lugar a la revitalización del movimiento de mujeres. Por un lado, los nuevos gobiernos, buscando legitimarse,

⁶ Olga Amparo Sánchez Gómez, «El movimiento social de mujeres,» en Magdala Velásquez Toro (ed.) *Las mujeres en la historia de Colombia*. (Bogotá: Consejería Presidencial para la Política Social, 1995), p. 383.

⁷ Sonia E. Alvarez, «The (Trans)formation of Feminism(s) and Gender Politics in Democratizing Brazil,» en Jane S. Jaquette (ed.), *The Women's Movement*... p. 17. Traducción al español de la autora.

vieron la necesidad de incorporarlas dentro del proceso democrático a través de una legislación favorable a sus demandas. Así, en Brasil por ejemplo, se creó en 1983 el "Conselho Estadual da Condicao Femenina" que replanteaba la vinculación del movimiento de mujeres con el estado. En Chile, por iniciativa gubernamental se crea el SERNAM (Servicio Nacional de la Mujer),⁸ algunos de cuyos objetivos eran: «dignificar y valorar el papel jugado por las mujeres en la sociedad; desarrollar y proponer políticas sociales para reforzar la familia; promover programas que dignifiquen y valoren el trabajo doméstico y su papel indispensable para el funcionamiento de la familia y la sociedad...»⁹ En Argentina el gobierno creó la comisión parlamentaria CONADEP (Comité Nacional para los Desaparecidos) para satisfacer las promesas pre-electorales hechas a las mujeres que luchaban por el retorno de sus seres queridos.¹⁰

Pero sin duda, la conquista de espacios políticos en esta nueva fase partió de las iniciativas de los movimientos de mujeres. Se buscaba presionar al interior de los partidos políticos y de las organizaciones del estado para llevar las necesidades de las mujeres a la arena política. Las ganancias de su participación fueron importantes. En el Brasil se amplían los beneficios incluyendo derechos laborales, guarderías infantiles a nivel nacional, ausencias por maternidad, y reformas educativas antisexistas. En Chile, reformas legales sobre asuntos como el divorcio, el aborto terapéutico y la criminalización de la violencia familiar, fueron presentadas al parlamento para ser discutidas por el movimiento de mujeres.¹¹ En Argentina se fundó La Agencia Nacional de Mujeres,¹² posibilitando su presencia en la estructura estatal, creando un clima de mayor receptividad y respeto a las decisiones

personales frente a la reproducción. Aquí como en Chile, la violencia familiar empezó a ser reconocida como un problema de carácter social.

No obstante, la luna de miel entre los movimientos de mujeres y los nuevos gobiernos democráticos fue efímera. A las mujeres se les relegó a sus viejos roles y su participación política se ha visto reducida a lo largo del período de consolidación del nuevo régimen democrático. El paso de la promulgación de una legislación sensible a las demandas de las mujeres y a su puesta en práctica ha probado ser extremadamente difícil lo que ha llevado al replanteamiento de la participación de las mujeres en el estado y a la desmovilización femenina dentro de los viejos canales de participación.

Es claro que la dificultad de interactuar con actores masculinos que continuaban en su práctica política encasillados dentro de moldes patriarcalistas, era una dificultad mayor, sentida desde el período de la transición. Esto explica que muchos grupos de mujeres optaran por un activismo localizado fuera de los márgenes de lo institucional, pero exigiendo del estado los derechos del género. El viejo debate entre las integracionistas que actuaban dentro de los cauces formales, y las autonomistas que exploraban nuevas modalidades de organización y estrategias alejadas de caminos trillados, se recontextualizó. El desencanto de las integracionistas por los logros limitados de la participación dentro del estado y el clima político que invitaba a la proliferación de movimientos civiles de toda índole, favoreció la multiplicación de grupos autónomos de mujeres, cuyos proyectos no se limitaban a la demanda de una participación en el ámbito de lo público.

⁸ Patricia M. Chuchryk, «From Dictatorship to Democracy: The Women's Movement in Chile,» en Jane S. Jaquette (ed.) *The Women's Movement...* p. 87.

⁹ Ibid.

¹⁰ María del Carmen Feijoó con Marcela María Alejandra Nari, «Women and Democracy in Argentina,»... p. 119.

¹¹ Patricia Chuchryk, «From Dictatorship...» p. 89.

¹² María del Carmen Feijoó con Marcela María Alejandra Nari, «Women and Democracy...» p. 121.

Los moldes tradicionales de la participación política, que marcan una tajante división entre el mundo de lo público y de lo privado, resultaban estrechos para las mujeres. Rescatar el espacio de lo cotidiano y superar la visión de polaridad entre lo privado y lo público era un objetivo de los movimientos autónomos de mujeres.

El movimiento de mujeres no refleja un proceso homogéneo, sino por el contrario, se canaliza en una multiplicidad de procesos que evidencia a su vez la diversidad de situaciones sociales y políticas de los países de la región. En México, como lo señala Marta Lamas, las experiencias de las mujeres frente al sistema político no ha tenido una trayectoria parecida a la de los países del Cono Sur. En México no ha habido una tradición de movilización, de participación y debate de los sectores civiles de la población y la influencia de la iglesia católica y del machismo de los mexicanos han contribuido a la morigeración de las expresiones feministas.¹³ En las décadas que estudiamos, el movimiento sigue siendo conformado por mujeres de vanguardia, universitarias y militantes políticas de clase media, sin mayor capacidad de compromiso con los sectores de mujeres populares.¹⁴ De acuerdo con la autora, el feminismo de las mujeres de clase media no ha logrado influir en la movilización de amplios sectores de las mujeres populares y a su vez ha tenido pocas repercusiones en torno a demandas por el cambio de lo cotidiano, en la medida en que su posición de clase les ha permitido el disfrute de cierto bienestar económico y social.

No obstante, la crisis económica que trajo consigo el deterioro de las condiciones de vida de las mujeres en particular, produjo el surgimiento de organizaciones que trabajaban en favor de los sectores de mujeres populares. Ahora el protagonismo se orientaba hacia los sectores de base y al movimiento amplio de mujeres y a una cierta salida de la escena de las feministas.

El Encuentro Feminista Latinoamericano, que tuvo lugar en la ciudad de Taxco (1986), puso en evidencia las divergencias de vieja data entre la corriente de las feministas populares, que abogaban por propuestas políticas, y la corriente del feminismo de vanguardia, más interesado en asuntos estratégicos del género.

Durante los años noventa se ha ampliado el espacio de protagonismo de las mujeres mexicanas. Lamas sintetiza los logros del discurso feminista en tres puntos: "La profesionalización mediante financiamiento de los grupos no gubernamentales con militantes feministas; la legitimación académica del tema mujer, con la proliferación de cursos, coloquios foros e investigaciones; y la consolidación, en el ámbito político, de figuras con orientación feminista."¹⁵

En Colombia, desde la década de los ochenta se consolida el movimiento social de mujeres y se produce cierta interlocución entre este y los grupos feministas.¹⁶ Bogotá fue la sede del Primer Encuentro Feminista Latinoamericano en 1981, evento que congregó a más de cincuenta organizaciones de mujeres del continente. En Colombia, como en los demás países de la región, una situación de fondo consistía en el conflicto de intereses entre los grupos de mujeres independientes o autónomas y las militantes o políticas. En las reuniones previas al encuentro las más difíciles discusiones giraron en torno a establecer quiénes tenían legitimidad para asistir al evento y cuál era la agenda relevante.¹⁷ Como era previsible, durante el encuentro no se logró la conciliación entre las dos tendencias, más bien, se clarificaron criterios en torno a las dos posiciones. Las que abogaban por la autonomía, consideraban que la fuerza revolucionaria del proyecto feminista descansaba fuera de la influencia del

¹³ Marta Lamas, «Algunas características del movimiento feminista en Ciudad de México.» en Magdalena León (comp.), *Mujeres y Participación política. Avances y desafíos en América Latina*. (Bogotá, Caracas y Quito: T/M, 1994), p. 144.

¹⁴ *Ibid.* 146.

¹⁵ *Ibid.* 159.

¹⁶ Olga Amparo Sánchez Gómez, «El movimiento social...» p. 397.

¹⁷ Nancy S. Sternbach y otras, «Feminism in Latin America...» pp. 216-217.

capitalismo y del socialismo. A su vez, las políticas o militantes aducían la necesidad de luchar dentro de los partidos políticos de izquierda, incorporando a las clases trabajadoras. Para ellas el problema de las mujeres era ante todo un problema de clase.¹⁸

Durante los últimos años es notable el avance de los movimientos de mujeres autónomas y sus acercamientos a procesos políticos centrales en la historia contemporánea de Colombia. Las organizaciones de mujeres se han movilizado por la paz y se han integrado al debate electoral participando en las comisiones que redactaron la nueva constitución nacional.¹⁹

En el Perú, de acuerdo con Maruja Barrig, la transición hacia la democracia no trajo consigo ventajas comparativas ni para los grupos feministas ni para los movimientos de mujeres de base a pesar de la activa participación de las mujeres en todos los frentes de la difícil vida nacional marcada por la caída en barrena de la economía y por el surgimiento disruptivo del movimiento Sendero Luminoso. Por un lado, la intención de un buen sector del feminismo de mantenerse al margen de los partidos políticos en defensa de su propia autonomía contribuyó a su aislamiento no solamente de los potenciales aliados políticos, sino también de las mujeres de base. Barrig arguye también, que el énfasis de las autonomistas sobre temas como el de la sexualidad y el de los derechos reproductivos, sobre las urgencias de la sobrevivencia que afectaban a la gran mayoría de las peruanas, contribuyó a la división del movimiento feminista.

Virginia Vargas por otro lado, habla del acercamiento de las dos corrientes en los últimos años: "se han formado verdaderos

lazos de intercambio y apoyo y solidaridad entre las vertientes y al interior de ellas."²⁰ Vargas, que no es tan pesimista como Barrig, sostiene que el aislamiento inicial de la corriente feminista fue necesario para desarrollar una perspectiva política desde una concepción de género, tomando distancia de la forma usual de la política.²¹ Luego de ese ensimismamiento, continúa Vargas, la vertiente feminista no solo ha establecido un "nuevo trato" con los organismos políticos, sino que también ha asumido proyectos colectivos con organizaciones de mujeres de barriadas.²²

No obstante el avance de la vertiente feminista, las condiciones económicas críticas que ha vivido el Perú desde la década de los ochenta y que ha afectado tan agudamente a los sectores de mayor pobreza, ha creado condiciones para que la vertiente popular, la que involucra a las mujeres de base sea la de mayor desarrollo. Es así como programas de bienestar tales como "el vaso de leche" y los comedores populares, estrategias que buscaban enfrentar problemas inmediatos de subsistencia, ha permitido la vinculación de las mujeres más pobres del Perú, con los estamentos políticos. El excepticismo persiste, a pesar de todo, entre algunas feministas como Barrig, quien anota que si efectivamente los programas contra la pobreza han tenido efectos positivos, tales como una mayor comunicación de las mujeres entre sí, un nuevo sentido de la política, y una creciente habilidad para hablar en público y expresar sus demandas sin temor, la presencia de las mujeres ha sido desde sus roles tradicionales dado que se ha mantenido la división sexual del trabajo, alimentar a los hambrientos a través del trabajo voluntario los objetivos de los programas se reducen a satisfacer demandas inmediatas de sobrevivencia sin

¹⁸ Ibid. 217.

¹⁹ Magdala Velásquez Toro, «La República liberal y la lucha por los derechos civiles y políticos de las mujeres,» en Magdala Velásquez Toro (ed.) *Las mujeres en la historia*... ppp. 192-194.

²⁰ Virginia Vargas, *El aporte de la rebeldía de las mujeres*. (Lima: Ediciones Flora Tristán, 1989), p. 42.

²¹ Ibid. p.44.

²² Ibid., p.45.

que haya espacio para la formulación de asuntos que tengan que ver con las necesidades de las mujeres como tales y sobre todo, porque las mujeres están asumiendo de manera gratuita y en detrimento de su tiempo de descanso, servicios que corresponden al estado.²³

A manera de conclusión diríamos que en las últimas décadas, los cambios en los sistemas de gobierno han estimulado formas distintas participación de las mujeres en la política. Tal y como lo señalan Saporta, Navarro, Chuchryk y Alvarez, la presencia femenina en el espacio político es de denuncia y rechazo a la continuidad de viejas formas de dominio patriarcal que todavía persisten en las democracias latinoamericanas.²⁴ El reto al dominio político de corte masculino ha sido diverso dependiendo de las circunstancias particulares de cada país. Estrategias como la creación de alianzas con sectores progresistas, el rechazo abierto a los partidos tradicionales, la autonomía o la integración han sido opciones validadas por las latinoamericanas en tiempos en que el respeto por la diferencia ha cobrado legitimidad.

²³ Maruja Barrig, «The Difficult Equilibrium...» pp. 165-173.

²⁴ Magdalena León, Mujeres y participación, pp.70-9.